

**LA VOZ
DE
AGREDA**



Núm. 9

Noviembre

1987

Recordando cosas...

En Agreda, desde tiempo inmemorial, se toca una campanilla por todo el pueblo, avisando del fallecimiento de una persona. El toque y la campanilla son cosas de la Vera Cruz, quizá tan antiguos como la Cofradía. A la persona que la tocaba, le llamaban "la cimbalera", que solía ser la que hacía de "criada" de la Cofradía. La primera que yo conocía fue la Señora Isidora, la tía Botón, que vivía subiendo a La Peña. Su marido, el tío Lisán, era cestero; de él recuerdo el verle con una guindilla en la mano, camino de la taberna, para merendar. También tocó la campanilla algún tiempo, una nieta, hija del Quinito, llamada Esther.

Ahora la toca Aurelia Sevillano, que, contando también el tiempo de su madre, la tía Concha, lleva ya unos 40 años en el cargo. Es también la demandadera de la Vera Cruz, y aparece en la foto. Lleva de viuda 21 años. Su marido se llamaba Angel Rubio, el Jota, y fue enterrador 18 años. El padre de la Aurelia se llamaba Tomás "el Tortas". Quiero recordarlo, vistiéndose una túnica gris y una corona de mimbre en La Peña, y cargarse con una cruz grande, para ir al Vía Crucis que se hace en La Calzada (por la Concepción) la tarde de Domingo de Ramos. Incluso hacía las caídas del Señor. La cosa resultaba seria, había respeto y acudía mucha gente; más que ahora.

De enterradores, antes que el marido de Aurelia, conocía a Faustino Lavilla, el Carabinas. Después a otro Jota, que se llamaba Máximo Rubio, y su mujer Patro; pero se marcharon a Ribaforada. También lo fueron el tío Mingo y Mariano García. El actual es el buen amigo Marcelo Val, que también aparece en una foto. Es muy trabajador y responsable; y un buen puntal del Ayuntamiento. ¡Cómo se preocupa de las cosas del pueblo! Todo el mundo acude al Marcelo. Y no le falta faena, cuándo una cosa y cuándo otra. Es hablador y campechano. Siempre lo ves con un buen temple, a pesar del trabajo.

Pero el día de Todos los Santos, llevábamos los "rollos" con anisillos a bendecir a la misa, y nos los poníamos en la muñeca a modo de pulsera. Luego, venían los mayores y nos decían: "A ver cómo huele". E, ingenuamente, accedíamos. Puede que a más de un niño le dieran un buen bocado en el rollo, dejando al muchacho un poco helado. De misa solía salir ya el rollo malparado. Y, por la tarde, te daban otro, para comértelo en el Rosario en el Campo Santo. (Esto del rollo está, sin duda, relacionado y tiene algo que ver con las ofrendas o panes que se ofrecen por los difuntos en el ofertorio).

La noche de Animas, la gente se recogía pronto. Tocaban a muerto en todas las iglesias del pueblo, y daba respeto. Además había que madrugar, para ir a las tres misas por los difuntos. Iba mucha gente: los labradores, después, se iban al campo.



En esa noche se hacían también algunas travesuras por los mozalbetes: vaciaban una calabaza, le hacían ojos, nariz y boca, y le ponían una vela encendida por dentro, colocándola en lugares oscuros para asustar a la gente, como si fuera una calavera. Te contaban historietas de apariciones de ánimas, como la del carretero aquél que viajaba esa noche. Vio cómo todas las ánimas llevaban su lucecita encendida, menos una. Le pregunta la causa, y le responde: "¿Cómo voy a llevar luz encendida, si soy tu mujer, y no te has preocupado de llevarme luz a la sepultura de la iglesia en las misas?".

Ya en el día de Todos los Santos, y más el día 2 de noviembre, las mujeres acudían a "sus sepulturas" en las iglesias, con hacheros, candelones, velas, cerillas, panes, medias de trigo (recuerdo, entrando a la sacristía de San Miguel, a la tía María la Corocota). Las iglesias se llenaban de humo esos días de tanta vela encendida. Si la iglesia de San Miguel está tan negra, mucho será de esto. Y responseaban los curas por las sepulturas de la iglesia. Los chicos recogían todos los desperdicios de cera, hacían pequeños bolos, y los iban a vender al Chomo, cereros o pasteleros.

En noviembre, se iba también a La Peña a lo que se llamaba el "Rompe-Rompe". Era el rosario, que se hacía aquí, en vez de en San Miguel; novena de Animas; y luego se cantaban esos versos que ponemos en otra parte. Don Cesáreo ya tenía bastante trabajo con poner orden debajo del coro entre los chicos, en La Peña, que enredaban de lo lindo; mientras, Don Fermín dirigía los rezos. Después, iban los chicos "al Catecismo" a San Miguel.

Y ¡cuántos años estuvo tocando la Emeteria en La Peña, por la noche a las 9, el toque de Animas, todo el año, para rezar por ellas! Su marido se llamaba José y era carpintero. Más de una vez le vi hacer cajas para los muertos, cuando no se vendían aún hechas. Las cajas las forraban con tela negra sujeta con clavillos, y les ponían unos flecos colgantes. Pero, si era

niño o joven el fallecido, entonces las forraban con tela blanca, y los flecos eran también blancos. No faltaban entonces los "finadicos", que así se llamaban a los entierros de los niños. Las cajas de los aislados en el Hospital de entonces, las pintaban de negro, supongo que por más barato; y en tiempos, los llevaban a todos en el mismo ataúd hasta el cementerio.

En los entierros era costumbre llevar hachas, que estaban encendidas sobre la sepultura de la iglesia durante el funeral y acompañaban también al cadáver hasta el cementerio. Las portaban alrededor de una docena de personas pobres o chicos, y se les daba después una gratificación o limosna. Las hachas se alquilaban en las pastelerías y otros comercios que tenían también cera: se pesaban antes de llevarlas, y después. Y se pagaba por lo que habían disminuído. Eran de color verde. También se alquilaban para los "fin de años". Se llevaban los tradicionales panes, y todavía se sigue esta costumbre, que son presentados en el momento del ofertorio por mujeres o jóvenes familiares del difunto, que "pasan a ofrecer".

En los entierros en que acuden gentes forasteras, llama mucho la atención la presencia de los cofrades de la Vera Cruz, sobre todo la vestimenta que llevan cuando van de gala. En todos los funerales y aniversarios, suben dos cofrades a las gradas del altar con luces, desde el ofertorio hasta la comunión.

El día de Todos los Santos, viene cantidad de gente de Agreda que vive fuera, para traer flores y adornar las tumbas de sus familiares difuntos. Es el día en que la ciudad de los vivos se traslada a la ciudad de los muertos. En la actualidad, se cuida y adorna mucho el Campo Santo. El día 1 por la tarde, se reza el Santo Rosario allí; y las familias están en sus sepulturas rezándolo. Antes, venía el Rosario en procesión desde la iglesia de La Peña. Todos los domingos y festivos, está abierto el cementerio, porque se le hacen muchas visitas durante todo el día. En esta misma Hoja ponemos unas preces para rezar por los difuntos, que se pueden hacer en el cementerio o en casa.

En los días siguientes al de Difuntos, se hacían los Oficios o Aniversarios de "Parroquianos", un día en cada iglesia: San Juan, San Miguel y La Virgen, con mucha afluencia de gente. Ahora, el día 2, desde hace unos años, hace Oficio la Vera Cruz y pasan a ofrecer tres mujeres de la Cofradía con los panes.

También se celebraba misa, el día 4 de noviembre, en la Ermita del Campo Santo, para conmemorar el martirio de los Mártires de Zaragoza, martirizados y enterrados aquí. Pero de esto tendremos que escribir con más detalle en algún otro próximo mes. Y ojalá se pueda restablecer de nuevo esta tradición tan nuestra y tan gloriosa.